

**FIDEL ARANEDA BRAVO,**

Miembro del Número de la Academia Chilena y  
Correspondiente de la Real Española y de la  
Academia Nacional de Letras y Artes de Cuba.

Monseñor Ramón Ángel Jara

**Obispo de La Serena**

Santiago de Chile

1953

A mi amigo

**D. ALEJO LIRA INFANTE**, autor del  
proyecto de ley que manda erigir el mo-  
numento a Monseñor Ramón Angel Jara.

**FIDEL ARANEDA BRAVO,**

Miembro del Número de la Academia Chilena y  
Correspondiente de la Real Española y de la  
Academia Nacional de Letras y Artes de Cuba.

Monseñor Ramón Ángel Jara

**Obispo de La Serena**

Santiago de Chile

1 9 5 3

Pío X el Papa artista que se extasiaba en la contemplación de la belleza, recibió en su sencillo y pequeño gabinete del Vaticano, en los últimos días de 1909, a un joven y apuesto sacerdote italiano, que luego vendría a Chile como Secretario de la Internunciatura en nuestro país. El romano Pontífice se encuentra de pie, bajo un doselete, y frente al escritorio de caoba en el cual todo está ordenado. Sobre la mesa hay una estatua del Santo Cura de Ars, a quien Pío X beatificó, y cuya vida austera le sirve de ejemplo y estímulo. Es tan pequeño el aposento del despacho papal que ni siquiera queda sitio suficiente para hacer las tres genuflexiones. El Soberano Pontífice ofrece asiento al nuevo diplomático, Monseñor Francisco Vagni, y con evangélica sencillez, le dice: "Va usted a Chile, Monseñor. Allí encontrará a un Obispo a quien quiero y estimo muchísimo, es Monseñor Jara, el Obispo de San Carlos de Ancud, gloria no sólo de Chile, sino de toda la Iglesia Católica"; y por entre los alabastros de la soberbia cúpula de Miguel Angel, los hermosos ojos gris pardo, profundos y serenos, del Papa restaurador de la estética eclesiástica, miraron hacia Chile predilecto del Sucesor de Pedro desde los ya lejanos días de Pío VII.

Tal era la opinión que tenía la más alta personalidad de la tierra del Excmo. y Rvdmo. Obispo Monseñor Ramón Angel Jara “varón poderoso en obras y en palabras” (Lc. 24, 19) que, como pocos, dió gloria y renombre a Chile en el extranjero, y al cual se erigirá, en breve, un monumento en la bella ciudad de La Serena.

Las naciones del viejo y nuevo continente compartían el juicio del Supremo Pastor de la Iglesia Universal, acerca de la notoriedad que había alcanzado la vasta obra pacifista del prelado chileno. En su palabra ardiente, fogosa y emotiva, Monseñor Jara, supo interpretar el alma de su patria. Era un chileno auténtico, un hijo genuino de nuestra tierra: descendía del viejo conquistador español y capitán general de Chile, D. García Hurtado de Mendoza y esa “sangre de Hispania fecunda” de que habló Rubén Darío, daba a su verbo grandilocuencia y sonoridad. No obstante, el aforismo latino “poeta nascitur orator fit”, el Obispo Jara nació orador y su madre así lo comprendió porque desde muy niño lo ejerció en la declamación. Lo mismo había hecho Antusa con su hijo Crisóstomo que era elocuente por naturaleza.

Estudiante aventajado en el Colegio de los Sagrados Corazones y en la Facultad de Leyes de la Universidad de Chile, luego cambió la toga por el hábito talar y entró en el Seminario de Santiago. Cuando recibió el presbiterado, el Arzobispo Valdivieso, que había oído el magistral discurso que Jara pronunció en la inauguración del Cerro Santa Lucía, le encomendó diversas obras en el Arzobispado.

Muy joven predicó la oración fúnebre del

Arzobispo Valdivieso en la Iglesia de las Claras. Allí lució, por vez primera, sus excepcionales dotes oratorias. De su corazón noble y sensible brotó un cántico de gratitud y alabanza al padre de la Iglesia de Chile. Con acentos de tristeza interpretó el dolor de la patria en esa hora de orfandad. Ya en aquella época, muchos años antes que lo dijieran modernos historiadores, Monseñor Jara comparó el genio organizador de Valdivieso con el de Portales.

Poco después llegó la hora de prueba y para lograr la victoria era necesario infundir en el alma del pueblo y de las instituciones armadas el fervor patriótico colectivo que embeleza y subyuga hasta el heroísmo. Espontáneamente, sin que nadie se lo pidiera, inspirado sólo en su ardiente amor a Chile, predicó en casi todos los templos de la República y visitó los cuarteles para enfervorizar al pueblo y arrastrarlo al campo de batalla con entereza y valor. La palabra vehemente y arrobadora del joven sacerdote fué trompeta que despertó la conciencia de la responsabilidad ciudadana en ese grave momento cívico. Si Vicuña Mackenna dirigió la guerra desde la prensa y el libro, don Ramón Angel Jara la guió desde la cátedra sagrada. Ambos lograron infundir en tal alto grado el espíritu de fidelidad a la patria, que al fin de la jornada cada chileno se había convertido en héroe.

“Varón poderoso en obras y en palabras” no podía permanecer indiferente ante el infortunio de tantos hogares y creó “El Asilo de la Patria de Nuestra Señora del Carmen”. Con orgullo, y sin par abnegación, se llamó padre de sus huérfanos queridos.

“Que el ángel de Chile vuela desde El Loa a Magallanes —dijo— recogiendo de todo corazón chileno una bendición y una ofrenda para los niños huérfanos del Asilo de la Patria”.

Rindió homenaje a Prat, recibió a Baquedano en Valparaíso y en Santiago, y sobre los muros de la proyectada Iglesia de San Miguel levantó el templo de la Gratitude Nacional, y allí el pueblo, que el Señor había engrandecido, dobló sus rodillas para proclamarle Soberano Señor de los Ejércitos.

Cuando en Europa conoció a Don Bosco le pidió sacerdotes para Santiago, y en seguida con gran desprendimiento entregó a los apóstoles salesianos el templo y la casa.

En ese mismo viaje visitó Tierra Santa y predicó en español, uno de los siete sermones que se pronuncian el Viernes Santo, en la puerta de la Basílica del Santo Sepulcro. Admiraron su elocuencia, peregrinos de todo el orbe y el Patriarca de Jerusalén le creó Caballero de la Orden del Santo Sepulcro y Procurador de ella en Chile. Le entregó lujosos títulos en pergamino y le colocó la espada y las espuelas de Godofredo de Bouillon; “es decir —como escribe el señor Jara en carta íntima— los símbolos de sus dos pasiones favoritas: la caballería y las armas...”.

Fundó y presidió los pensionados del Carmen y de San Juan Evangelista, instituciones en las cuales dedicóse a la formación de los jóvenes que fueron siempre sus mejores amigos. En 1888 fué nombrado miembro de la comisión organizadora de la joven y prolífica Universidad Católica, cuya creación había preparado con excelentes es-

tudios en el viejo mundo. Cuando se fundó este ilustre instituto fué designado profesor de Derecho Canónico y Secretario General. Ocupó el púlpito de la Iglesia Metropolitana para inaugurar solemnemente el nuevo plantel el 8 de septiembre del mismo año.

Era evidente que don Ramón Angel Jara no sólo fué un varón poderoso en palabras, sino también en las obras y la Iglesia así lo reconoció, nombrándole Gobernador Eclesiástico de Valparaíso, para suceder a don Salvador Donoso. Los viejos porteños todavía recuerdan al sacerdote activo, fervoroso y elocuente que se conquistó el cariño de la sociedad y del pueblo, para el cual creó numerosas instituciones. La Escuela Naval abrió de par en par sus puertas para escuchar al ángel tutelar de la guerra de 1879, al amigo de Prat, de Serrano y de Aldea.

Un largo conflicto fronterizo había enfriado las relaciones con nuestros hermanos argentinos. Ambos pueblos temían un doloroso desenlace. Los hombres juiciosos y patriotas de las dos naciones que buscaban cualquiera ocasión para suavizar esas asperezas, la encontraron propicia cuando la Santa Sede preconizó Arzobispo de Buenos Aires al Dr. Uladislao Castellanos. El benemérito prelado invitó al Arzobispo de Chile, Monseñor Mariano Casanova, para que fuese a imponerle el sagrado Pallio, quien gustoso accedió y fué a la capital del Plata acompañado del Gobernador Eclesiástico de Valparaíso, don Ramón Angel Jara, y del Pdo. don Miguel Rafael Prado. El señor Jara, con su palabra vibrante y calurosa, predicó en templos, plazas e instituciones.



Quince mil personas le ovacionaron en Luján, cuando pronunció aquella conmovedora oración a María. Con razón, su ilustre biógrafo ha dicho que él “hizo con su elocuencia, por la paz, en un día, más que los diplomáticos en muchos años”. Si la voz del pagano Demóstenes encendió una guerra, la palabra fervorosa del sacerdote chileno pidió al cielo la paz que poco después se consolidó para siempre en los pactos de Mayo de 1902. El señor Jara estaba entonces en el apogeo de su bien ganada fama de orador: a los cuarenta y tres años de edad, en plena madurez, ya ese verbo cálido unido de sabiduría y sentimiento, captaba con facilidad las emociones de la multitud y si a esto se agregan las excelentes cualidades externas: rostro varonilmente hermoso, figura noble, voz fuerte y variada, gesto expresivo, acción fácil espontánea y elegante, nada faltaba en ese conjunto de atributos para que se le reputara, con toda justicia, como el primer orador chileno de aquel tiempo. Mas, el varón de Dios, que, no obstante su prestigio, eran tan sencillo y humilde, cuando volvió a su patria cosechó desengaños que pusieron a prueba su elevado espíritu sacerdotal: nunca abrió sus labios para murmurar una queja, porque, como dijo, años después, otro grande Obispo chileno, Monseñor Jara, “como nadie supo olvidar y como pocos perdonar”. Pero no pasó mucho tiempo y llegó la hora del reconocimiento: el Gobernador Eclesiástico de Valparaíso, el pacificador de dos naciones hermanas, el apóstol de la juventud, recibió la plenitud del sacerdocio y gobernó, durante dos lustros, como “varón poderoso en obras y en palabras”, la lejana

Diócesis de Ancud. Reunió un sínodo por el cual le felicitó cordialmente la Santa Sede; levantó magnífica catedral, fundó veinticinco parroquias y creó la Administración Apostólica de Valdivia. El cinco de abril de 1901 fundó la Gobernación Eclesiástica de Magallanes, con el objeto de chilenzar aquella región y nombró Gobernador al último vicepárroco de esa ciudad, el presbítero prusiano don Carlos Maringer. Este sacerdote sucedía a Monseñor José Fagnano (1844-1916), organizador de esa tierra de misiones, alma gemela de Don Bosco, apóstol y ángel tutelar de Magallanes a quien Monseñor Ramón Angel Jara designó Gobernador Eclesiástico de Punta Arenas en 1911. El Obispo de Ancud promovió la enseñanza y la buena prensa, llevó comunidades religiosas y visitó muchas veces toda la Isla de Chiloé.

En recompensa de tanto celo, recibió allí no pocos sinsabores. Concurrió en 1899 al Concilio Plenario de la América Latina, que S. S. León XIII convocó en Roma accediendo a una respetuosa insinuación del Arzobispo de Santiago, Monseñor Mariano Casanova. A su paso por Buenos Aires, Monseñor Jara, fué acogido con espontáneas y singulares manifestaciones de cariño.

En Roma enfermó de gravedad y recibió los últimos sacramentos. Como el Obispo chileno era orador por naturaleza, ni en esa hora suprema dejó de serlo. Cuando Monseñor Florencio Fontecilla, Obispo de La Serena, que había consagrado pontífice a Monseñor Jara, fué a ungirle con el óleo de los enfermos, rodeado de numerosos hermanos en el Episcopado, el moribundo se colocó la estola e incorporándose en la ca-

ma, dijo: "¡Qué triste, qué triste es morir en tierra extranjera...!, aunque me he equivocado: morir en Roma es morir en tierra propia, porque Roma a todos nos pertenece!". El Obispo de La Serena entrecortado por la emoción, olvidó la fórmula del postrer Sacramento, Monseñor Jara la continuó sereno, ante la admiración de todos.

En Génova los Obispos de América le pidieron que contestara el discurso de bienvenida del Arzobispo en la Catedral. Monseñor Jara recibió tal encargo a las cuatro de la tarde y a las ocho pronunció imperterritito, y de memoria, un largo y elocuente discurso en perfecto italiano. Celebró el pontifical en la Iglesia Grande de San Francisco, en Madrid, y allí habló en forma tan arrobadora que, al término de su oración, la banda ejecutó, dentro del templo, el Himno Nacional de Chile. Monseñor, muy conmovido, prometió entonces colocar, un día, todas las banderas americanas al pie del monumento a la Virgen del Pilar en Zaragoza. El Rey le invitó al Palacio y le condecoró con la Gran Cruz de Carlos III, con el Collar y la Cruz de Isabel la Católica. Fervoroso hispanista, el Obispo chileno no podía olvidar que España nos dió la fe de Santiago el Mayor, la cultura de Alfonso el Sabio, y el verbo opulento del Cid y de Cervantes.

De regreso a Chile habló en Buenos Aires y lanzó la idea de erigir un monumento al Divino Redentor en la cumbre de los Andes. Cinco años después su voz retumbó en los nevados montes para inaugurar en la cumbre la efigie del Redentor. La plegaria del Obispo impetraba el deseo de que Jesús permaneciese allí como Rey que vigila

sus dominios, tendiendo miradas de amor sobre las Américas: “se desplomarán primero estas montañas, antes que argentinos y chilenos rompan la paz jurada a los pies de Cristo Redentor”.

En los primeros años de nuestro siglo, el problema latente de la liquidación de la guerra del Pacífico comenzó a amenazar de nuevo la paz del Continente. El Gobierno de Chile deseaba enviar al Perú a un hombre de prestigio que fuera capaz de inspirar confianza en el país de los virreyes; el Presidente don Pedro Montt se fijó en el Obispo de San Carlos de Ancud, don Ramón Angel Jara, que ya había dado pruebas de experimentado diplomático. Viajó a Lima en misión confidencial y logró plenamente el objeto de la embajada: “No vengo —dijo, en la ciudad del Rimac— con la estrecha casaca del diplomático, sino con el amplio manto del pastor cristiano que a todos cobija por igual”.

Habló en la Catedral de Lima y tres veces fué interrumpido por los aplausos de la multitud que, ávida, escuchaba el mensaje de paz del prelado chileno.

En el templo metropolitano comenzó diciendo: “Vosotros, señores, sois unos ladrones”. La multitud quedó suspensa, perpleja, y tras un momento de pausa, Monseñor Jara prosiguió: “Me habéis robado el corazón”. La muchedumbre aplaudió frenéticamente. El Gobierno y la Iglesia, la sociedad y el pueblo le agasajaron con diversos actos, que manifestaban la reciprocidad del Perú a nuestros pacíficos anhelos. Monseñor Jara llevaba en sus ojos azules un pedazo del límpido cielo de Chile, en su voz poderosa y rica en mil tonalidades y vibraciones, la fuerza y sonoridad del mar y, en

la nobleza y gallardía de su figura, la majestad de nuestras montañas. Pocos hombres más genuinamente chilenos que don Ramón Angel Jara: su personalidad representaba la quintaesencia del espíritu criollo; era un español auténtico nacido en nuestra tierra. A él puede aplicársele muy bien el juicio de Gracián, acerca del alma española: "Hay naciones enteras, majestuosas... la española es por naturaleza señorial; parece soberbia, lo que no es sino un señorío conatural". ("El Discreto"). Cuando el Obispo volvió a la patria, la prensa peruana expresó que "el Perú estaba dispuesto a olvidarlo todo y a cultivar de nuevo una sincera amistad con Chile". Rara vez un diplomático ha llenado más cumplidamente su misión.

Al año siguiente fué de nuevo a Europa para rendir homenaje a S. S. Pío X en sus Bodas de Oro Sacerdotales. Puso las diecinueve banderas americanas a los pies de la Virgen del Pilar en Zaragoza, pero antes las hizo bendecir por el Soberano Pontífice, ante quien pronunció uno de sus más bellos discursos.

Una vez más el prelado demostraba su adhesión a la Sagrada Cátedra Romana y el Papa, que le amaba, oyó complacido la feliz improvisación. En Zaragoza arraucó lágrimas a la muchedumbre reunida en la Plaza de la Constitución. Recordó la vieja y noble historia de aquella urbe y, con su habitual delicadeza y sagacidad, tocó todas esas notas que pudiesen conmover el corazón de los peninsulares. En el Congreso Eucarístico de Londres nuestro país recibió, en la persona de Monseñor Jara un singular homenaje que no ha vuelto a repetirse.

El Duque de Norfolk, que presidía la sesión en la cual el Obispo chileno pronunció un hermoso discurso en francés, después que oyó estupefacto al Prelado, se puso de pie y cedió al eminente orador la presidencia de la asamblea en la cual había nobles y cardenales.

Grande fué la actividad de don Ramón Angel en Europa y Oriente, y pocas veces, un hombre había enaltecido más a su patria que el entonces Obispo de Aneud. En la iglesia de San Ignacio de Roma predicó el panegírico de San Luis de Gonzaga, al término del cual el Embajador de España subió las escaleras del púlpito y le abrazó emocionado. Colocó la imagen de Nuestra Señora del Carmen y el pabellón chileno en el Monte Carmelo. Esculpió en el mármol y grabó en el bronce los heroísmos de las fuerzas armadas de su patria. Devoto fervoroso de la Virgen del Carmen, en las montañas de Elías desahogó su corazón y exaltó las glorias que la Virgen había otorgado a Chile a través de cien años de vida independiente.

Regresó al país, y muy pocos meses más tarde, la Santa Sede le preconizó Obispo de La Serena. La bella ciudad de Aguirre le recibió con júbilo el 30 de enero de 1910. El "varón poderoso en obras y en palabras", dedicó los últimos siete años de su vida a la Diócesis del Norte: con actividad extraordinaria difundió la buena prensa, fomentó la enseñanza; dió grande impulso al Seminario, confió el Santuario de Andacollo a los celosos misioneros del Corazón de María y creó numerosas parroquias e instituciones de caridad.

Predicó muchas veces en el famoso San-

tuario de Andacollo donde le aplaudieron miles de peregrinos. La Serena supo comprender al nuevo pastor y le amó con filial solicitud. Monseñor Jara poseía un gran corazón; era como un niño sencillo, alegre y risueño; una ilustre dama chilena dijo que las alegres carcajadas del Obispo “sabían a gloria como el repicar de las campanas”. Era magnánimo y comprensivo y si le herían la ingratitud y la calumnia, siempre estaba dispuesto a perdonar. Sufrió, y con ejemplar humildad, crueles persecuciones. En los últimos ejercicios espirituales que predicó a su clero, días antes de morir, decía: “los que estamos prontos a ser llamados al Tribunal de Dios hemos de tratar con toda sencillez y franqueza las verdades”. Era tan sensible y delicado que, a semejanza de San Pablo, no podía oír la relación de un hecho noble y generoso sin que asomaran lágrimas a sus mejillas. Sacerdote de oración y acendrada piedad, era no obstante, muy humano y “sobre las miserias de la vida y todas las heridas del alma —dijo un célebre literato librepensador— derramaba el bálsamo sagrado que cura y consueta... hasta los espíritus más obcecados sentían la necesidad social de esa amistad”.

En 1910 formó parte de la delegación oficial chilena que fué a Buenos Aires con motivo del centenario argentino. La patria de San Martín, de cuya primera Catedral era Canónigo Honorario desde 1895, le aplaudió nuevamente con entusiasmo y admiración. Su palabra retumbó desde el gran río hasta la cordillera, y en la Plaza de Mayo, en los balcones de la Casa Rosada, ante una inmensa multitud, abrió sus

brazos, y dijo emocionado: "Quisiera tener alas de águila para abrazaros a todos", y el pueblo le aclamó durante largo rato. Monseñor Jara y el diputado don Arturo Alessandri Palma fueron los hombres más celebrados de nuestra embajada.

Le alojó doña Elisa Alvear de Bosch. El Obispo, en pago del suntuoso hospedaje recibido, dejó en el álbum de la gentil dama argentina un boceto del retrato de su madre, que es el más bello elogio de la madre que se ha escrito en la lengua inmortal de Cervantes.

En esa época el Obispo de La Serena alcanzó el máximum de admiración y afecto de sus conciudadanos.

La Iglesia y la Patria, que eran los grandes amores del prelado, le señalaban como el primero de sus oradores sagrados y en verdad era éste un título que nadie podía arrebatarse, porque nació con el don de la palabra y el ejercicio de las virtudes y la práctica, le convirtieron en el "varón bueno, perito en el hablar". Monseñor Jara persuadía e instruía a sus hermanos moviéndoles el corazón. Para ello empleaba todos los recursos que le ofrecían el talento, la cultura y la sensibilidad.

Sainte Beuve decía en elogio de Montalambert que un espíritu claro, neto firme, generoso, tiene todo esto en su voz. Aquellos cuya voz no sea ágil y sensible y expresivo de todos sus matices interiores, no producirán como oradores efectos penetrantes". (Juicios y Est. de Ed. Garnier). Don Ramón Angel Jara era sobre todo un gran corazón, adivinaba los deseos y sentimientos del pueblo y su voz maravillosa los transmitía después de haberlos purificado



en el crisol de su alma generosa y optimista. Así se explica que hiciera llorar no sólo a Balmaceda, sino a muchos hombres de corazón endurecido. Mientras hablaba Monseñor Jara estuvo siempre en íntima comunicación con su auditorio y este es el secreto por el cual era dueño de sus oyentes. Alguien expresó, con mucha razón, que en el ritual de la Iglesia Católica la voz del señor Jara "no desempeñaba la soberbia función del órgano, sino más bien la del cántico del pueblo", conocía el secreto de esas palabras que unen la religión y el patriotismo, que establecen el vínculo estrecho entre el sacerdote y el caudillo, que significan colocarse en el lugar de aquellos que deben entendernos y ensayar sobre el propio corazón el giro que se quiere dar al discurso para ver si uno es adecuado a otro y para asegurarse de que el interlocutor se verá como forzado a entregarse, en el fondo dominio y manejo de la multitud".

El Obispo Jara era hombre de vastísima cultura, conocía los clásicos, en su propio idioma, estaba dotado de talento poco común, de imaginación poderosa y de una memoria sorprendente. Honraba su título de Arcado romano y Miembro Correspondiente de la Real Academia Española. Habló en distintas ocasiones y sobre asuntos muy variados, pero nunca estuvo más acertado que en los sermones y discursos patrióticos. Improvisaba con asombrosa facundia y en esto reside el mayor mérito de su elocuencia. Su verbo sonoro, ampuloso, claro y elegante, sin afectación, encontraba en la voz retumbante y en la rica y variada modulación, aliados poderosos para

dominar a los auditorios más exigentes. El porte majestuoso y la acción espontánea y elegante eran el complemento del más grande y prestigioso de nuestros oradores sagrados.

Don Ramón Angel Jara nunca fué escritor, era antes que nada orador, poeta, como dijo Pascal: "Hay quienes hablan bien y no escriben bien. Es que el lugar, la asistencia, los entusiasmas y hacen brotar de su espíritu lo que no brotaría sin eso". (Pensamientos).

La oratoria de Monseñor Jara no admite comparación. Hablaba en forma muy original. Se asemejaba al Crisóstomo en el poder persuasivo y en la forma de poseer los corazones; a San León el Magno, en la grandilocuencia; a San Ambrosio, en el ornato de sus discursos, y a Demóstenes en su amor patrio.

Es indiscutible que el señor Jara es uno de los más notables oradores sagrados chilenos y no le va en zaga a otras lumbreras de la elocuencia nacional: a don José Hipólito Salas, tan profundo, elegante, sobrio, dotado también de magníficas cualidades externas y de una voz seductora; a don Mariano Casanova, nervioso en sus ademanes, pulcro y fino en el lenguaje, de doctrina sólida y de hermosas figuras, y a don Clovis Montero, orador de grandes contrastes, originalísimo y elegante. Sintetizaba en frases geniales el motivo del discurso.

Los grandes triunfos de Monseñor Jara hicieron pensar a muchos de que era vanidoso y gustaba de la lisonja, pero tal juicio carece en absoluto de fundamento, porque su predicación se basaba no en discurs-

sos persuasivos de la humana sabiduría sino en los efectos del espíritu y del poder de Dios. (S. Pablo 1, cor. 6).

Cuando predicó el sermón en la Basílica del Santo Sepulcro pidió auxilio a la Virgen del Carmen y rechazó cualquier pensamiento de vanagloria que hubiera podido turbar su mente.

Si excitaba aplausos, en el templo, ‘arrancaba también los gemidos, de tal manera que las lágrimas de sus oyentes eran las mejores alabanzas que podían tributársele’ (Consejo de S. Jerónimo a Nepociano).

En más de cuarenta años de ministerio pastoral dió elocuente testimonio de que no sólo era “varón prodigioso en palabras” sino en obras. En vísperas de su muerte fundó el Instituto Comercial Juana Ross de Edwards” y una casa de hospedaje para los sacerdotes de su Diócesis.

Ante sus restos mortales se inclinaron las banderas de la Patria y el Ejército, que él enfervorizó con su palabra, le rindió los máximos honores. El Sepulcro de Monseñor Jara sería el pedestal de su gloria imperecedera porque, como dijo Cicerón: “sólo por la elocuencia y la espada se impera en el mundo”.

Nuestro Augusto Pontífice Su Santidad Pío XII, que sabe apreciar los verdaderos valores intelectuales, ha mencionado en tres discursos el nombre del orador chileno para señalarlo como modelo de “arrobadora elocuencia”.